

Novalis, "Sobre Goethe" ["Über Goethe", en *Werke, Tagebücher und Briefe Friedrich von Hardenbergs, Vorarbeiten 1798*, Múnich, Carl Hanser Verlag, 1978, pp 412-414].

443. Goethe es por completo un poeta práctico. Es en sus obras lo que el inglés en sus mercancías: sumamente sencillo, bonito, cómodo y duradero. Hizo en la literatura alemana lo que Wedgwood en el mundo del arte inglés. Tiene, como los ingleses, un gusto económico por naturaleza y un gusto noble adquirido por el entendimiento. Ambas cosas se llevan muy bien y tienen una afinidad cercana, en sentido *químico*. En sus estudios fisicalistas resulta bastante claro que tiende más a terminar por completo algo insignificante –volviéndolo sumamente brillante y cómodo– que a comenzar un mundo y hacer algo de lo cual puede anticiparse que no se realizará plenamente, que por cierto quedará torpe, y donde uno nunca alcanzará la habilidad propia del maestro. Incluso en este campo elige objetos románticos o, al menos, dócilmente intrincados. Sus consideraciones sobre la luz, la transformación de las plantas y de los insectos son confirmaciones y, a la vez, las pruebas más convincentes de que aun el tratado perfecto pertenece al ámbito del artista. También en cierto sentido podría afirmarse con razón que Goethe fue el primer físico de su tiempo y que, de hecho, hizo época en la historia de la física. Aquí no se trata del alcance de los conocimientos, así como los descubrimientos tampoco permitirían determinar la relevancia del naturalista. Más bien se trata de si se observa la naturaleza como un artista observa una obra de arte antigua, porque ¿acaso la naturaleza es algo distinto a una antigüedad viviente? La naturaleza y la indagación de la naturaleza surgen al mismo tiempo, al igual que una obra de arte antigua y su conocimiento. Pues es un gran error creer que hay antigüedades de por sí. Recién en ese momento comienzan a surgir. Se vuelven tales gracias a los ojos y el alma del artista. Los restos provenientes de la Antigüedad son solo los estímulos específicos para la conformación de la obra de arte antigua. No es con las manos que se hacen las antigüedades. El espíritu las produce mediante el ojo, y la piedra esculpida solo es el cuerpo que recién en virtud de las obras de arte antiguas obtiene significado y se vuelve la apariencia de las mismas. El Goethe físico es a los demás físicos lo que el Goethe poeta es a los demás poetas. En ocasiones es superado en alcance, variedad y agudeza, pero en el arte figurativo ¿quién podría igualarlo? En él todo son hechos, así como en otros todo es solamente tendencia. Él realmente hace algo, mientras que los otros solo hacen algo posible

o necesario. Creadores necesarios y posibles somos todos, pero cuán pocos somos creadores reales. El filósofo de la Escuela quizás llamaría a esto empirismo activo. Nosotros vamos a contentarnos con observar el talento artístico de Goethe y además dar una ojeada a su intelectualidad. En él se puede conocer el don de abstraer desde una nueva perspectiva. Él abstrae con una precisión infrecuente, pero sin dejar nunca de construir a la vez el objeto al que corresponde la abstracción. Esto no es sino filosofía aplicada, y al final, para nuestro gran asombro, Goethe también se nos presentaría como un filósofo orientado a la filosofía práctica y aplicada, no otra cosa fueron desde siempre todos los artistas genuinos. Incluso el filósofo *puro* será práctico, si bien el filósofo orientado a la filosofía práctica no necesita ocuparse de la filosofía pura, pues esta es un arte en sí misma. (*Wilhelm Meister* de Goethe) El verdadero arte reside únicamente en el entendimiento. Este construye siguiendo un concepto peculiar. Fantasía, ingenio y facultad de juzgar son lo único que requiere el entendimiento. Así pues, *Wilhelm Meister* es por entero un producto artificial<sup>1</sup>, una obra del entendimiento. Desde este punto de vista se ven en las salas de arte algunas obras muy mediocres, mientras que por el contrario la mayoría de los escritos muy apreciados quedan excluidos. Los italianos y los españoles tienen por lejos un talento artístico más frecuente que nosotros. Incluso los franceses tampoco carecen de él. Los ingleses tienen mucho menos, y en esto se parecen a nosotros, que tenemos asimismo un *talento artístico* sumamente inusual, si bien de todas las naciones somos los que tenemos las más variadas y mejores capacidades que el entendimiento pone en acción en sus obras. Es esta abundancia de medios artísticos la que hace que los pocos artistas que tenemos sean tan únicos, tan excelentes, y podemos estar plenamente seguros de que surgirán entre nosotros las obras más maravillosas, porque ninguna nación puede igualar la fuerza de nuestra universalidad. Si entiendo bien a los amantes más recientes de la literatura antigua, su intención al exigir que imitemos a los escritores clásicos no es otra que la de formarnos como artistas, despertar en nosotros el talento artístico. Ninguna nación moderna tiene tanto entendimiento para el arte como los antiguos. En su caso todo es obra de arte, pero quizás no podríamos arriesgarnos a decir tal cosa si aceptáramos que solo ahora esto es o puede llegar a ser así para nosotros. Con la literatura clásica pasa lo mismo que con las obras de arte antiguas: en realidad no nos es dada ni está disponible, sino que debe ser producida por

nosotros. Recién después de estudiar con esmero y lucidez a los antiguos surge para nosotros una literatura clásica, que los propios antiguos no tenían. Ellos hubieran tenido que emprender la tarea contraria, pues el mero artista es un hombre unidimensional y limitado. Es probable que Goethe sea inferior a los antiguos en rigurosidad, pero los supera en contenido, mérito que sin embargo no es suyo. Su *Wilhelm Meister* se les aproxima bastante, pues ¡hasta qué punto es la novela por excelencia, sin epítetos! ¡Y cuánto significa esto en nuestros tiempos!

Goethe será superado y debe serlo, pero solo como pueden ser superados los antiguos: en contenido y fuerza, en variedad y agudeza. A decir verdad, no como artista, o solo en muy escasa medida, pues su exactitud y rigurosidad tal vez ya sean más ejemplares de lo que parece.